

ESPAÑA PINTORESCA.



EL HOSPITAL DE ESPÓSITOS EN TOLEDO.

EL magnífico edificio, llamado vulgarmente en Toledo hospital de los niños, cuyo verdadero nombre es de Santa Cruz, y su destino el abrigar en su seno los infantes desvalidos que el crimen ó la miseria colocan en la orfandad y desamparo, es una fábrica de las mas curiosas y dignas de verse, en esa ciudad, tan rica de monumentos artísticos. Todo viajero admira en ella lo esquisito del trabajo y la perfeccion del remate; mas el curioso que tenga nociones de nuestra historia artística, y esté enterado de su origen y vicisitudes, verá en este edificio una interesante página de esa misma historia, y un modelo de la restauracion á medias de la arquitectura greco-romana, que en la época

AÑO VII.

de su construccion apareció con timidez, aunque en toda su proporcion, cubierta con los relieves y follages numerosos de la arquitectura gótica, que por muchos siglos fué la única dominante en España.

Efectivamente, la fábrica de este hospital es una de las primeras en que vió la España ese nuevo orden arquitectónico llamado *plateresco*. Fué su arquitecto Enrique Egas, maestro mayor de la catedral desde el 1594, y que se acreditó mucho mas con las obras del colegio mayor de Santa Cruz en Valladolid, del gran hospital general de Santiago, y de otras muchas, que le colocan entre los primeros artistas españoles.

27 de febrero de 1842.

Se debe la existencia de este precioso monumento al arzobispo de Toledo Don Pedro Gonzalez de Mendoza, llamado por otro nombre en nuestra historia el gran Cardenal de España. A pesar del fallecimiento de ese hombre memorable en 11 de enero de 1495, en ocasión de que aun nada se había definitivamente arreglado sobre la construcción y condiciones relativas á la fundación de este hospital, la voluntad del prelado tuvo su ejecución, cometida por su testamento á la reina Doña Isabel, y á los duques del Infantado, sus próximos parientes, dejando para este efecto, por su testamento (cuya copia he visto), toda su herencia, que era cuantiosa, para que religiosamente se llevasen á cabo por sus albaceas los piadosos designios que tenia proyectados.

Aunque por la presteza de la reina y demas albaceas se llevó á cabo á poco tiempo la hospitalidad y recojimiento de los espósitos, poniendo en órden la memoria y capitulos de su fundación, de acuerdo con el cabildo de la catedral que quedó por único y universal patrono, con todo, aun no estaban conformes acerca del local en que se edificaría el hospital, cuando ocurrió quedar vacante el convento de los Franciscos claustrales, que se trasladaron al suntuoso de S. Juan de los Reyes, y de ese modo pudieron pasarse á él las monjas Benedictinas, llamadas de S. Pedro de las Dueñas, y las de la Concepcion, que estaban unidas, resultando así quedar desocupado ese vasto local, que ocupa mas de 500 pies de longitud y 300 de latitud, donde finalmente, se determinó la construcción del edificio, cuya fábrica se empezó el 1504, y se acabó el 1514.

Su forma, como la de todas las obras del cardenal Mendoza, es en figura de cruz, de Jerusalem, de 4 brazos iguales, y toda su construcción es de firme y sólida cantería, menos la fachada principal que es de sillares cortados, con ventanas adornadas por de fuera, de repisones con columnas abalaustradas, cornisamento, frontispicio y candelabros, todo lleno de estallos, relieves y escultura trabajada en piedra de Colmenar. Por la parte superior de esta fachada corre una cornisa sencilla, en cuyo piso están relinchadas cruces de Jerusalem, así como en las ventanas, rejas, puertas y demas partes de este gran edificio.

La portada principal, admiración de todos los extranjeros, y que en la guerra de la Independencia estuvo sentenciada á ser, en cajones, transportada á Francia, es de lo mas rico y delicado en el género plateresco, y deja en el mayor asombro la vista de una prolijidad y perfección tan asombrosas al observador, que no las hubiera creído, á no desengañarle una existencia actual. Consta de cuatro columnas corintias abalaustradas, dos á cada lado, y cornisamento circular resaltado por el centro, lleno todo de preciosos entallos y pequeñas estatuillas con cruces y otros adornos compartidos en los intercolumnios, y las armas del Cardenal sostenidas por dos genios en el centro de la cornisa: en cuyo neto y hueco del fronton está de bajo relieve figurada la invención de la Santa Cruz, y el Cardenal en actitud de adorarla, terminando este cuerpo dos graciosos candelabros á los extremos. Sobre él carga otro con dos medias columnas, cornisa y otra porción de adornos, terminando con otro tercer cuerpo aun mas enriquecido, con cuatro columnillas que dejan tres espacios, con un bajo relieve en el del centro que representa la visitación de Santa Isabel, sirviendo de remate á este esquisito trabajo otro pequeño frontispicio sostenido por dos ángeles con las armas del fundador, y un sinnúmero de adornos, que sería prolijo describir.

Pasado un zagüan está la entrada al templo, que consta de dos naves de mas de trescientos pies de longitud, que cortadas por su centro, forman una cruz latina de cuatro brazos iguales, aunque ahora los dos laterales están tapia-

dos, sirviendo para oficinas del hospital, quedando tan solo una nave, en cuyo centro, sobre cuatro pilastrones y otros tantos arcos torales se eleva un anillo, que sostiene una elevada cúpula con su linterna, y debajo una galería y antepecho circular, que corre sobre los cuatro arcos, con entrada á otros tantos salones situados sobre la techumbre de los cuatro brazos de este templo, por donde debían oír misa los que se albergasen en este hospital, estando el altar mayor por bajo de este cimborrio, como fue el primer plan, y no al extremo de la nave como está ahora. Los techos de los cuatro brazos son de riquísimo artesonado con casetones llenos de filetes, molduras y florones, perfectamente tallados. Toda esta madera, así como la demas que se gastó en la fábrica, tiene, segun Salazar de Mendoza, la particularidad de haber sido la primera que navegó por el Tajo. En la cabecera de este templo se eleva otra cúpula ó cimborrio sin linterna, todo á la manera gótica con arcos cruzados y aristas que fortalecen la bóveda. Los retablos que aquí se encuentran, aunque un poco mas modernos, están perfectamente acabados, y contienen muy buenas pinturas, no ofreciéndose á la vista del curioso otra cosa que notar en la desmesurada longitud de este templo, sino seis cuadros de grandísimo tamaño y figuras mayor que el natural, mandados ejecutar á últimos del siglo XVII por el cardenal Portocarrero, para que por ellos se hiciesen otros tantos tapices magníficos que regaló á la Catedral, y que solo sirven en la procesion del Corpus. Estos cuadros representan asuntos relativos á los santos prelados de Toledo, y aunque se ignora su autor, son dignos de notarse por la belleza de colorido y exactas proporciones de sus colosales figuras.

Fuera del templo, la escalera y el patio principal con sus galerías es digno de notarse. La primera es de un trabajo esquisito, pues todos sus frentes, arcos que la dan entrada y salida, balaustres y candelabros que dividen los descansos ó tramos, están cuajados de unos relieves tan preciosos, y acabados con tal esmero y prolijidad, que no se sabe qué admirar mas, si lo bello de la obra, ó la paciencia del artista que la llevó á cabo. Lo mismo se puede decir del patio, sus arcos, galerías y calados antepechos, todo construido con una lijereza y elegancia singular que no se advierte en nuestros modernos edificios.

No es solo la parte material y arquitectónica la que llama la atención al viajero que penetra en el interior de este recinto, sino tambien el orden y particular esmero que allí se guarda en la crianza y educación de los espósitos. A pesar de las pocas rentas que han quedado á este hospital, y por el celo asiduo de la junta de Beneficencia, cerca de 500 niños son alimentados y protegidos, y si por desgracia algunos al llegar á mayor edad se encuentran en el discurso de su vida en miseria y desamparo, esta casa de maternidad les abre siempre sus puertas para prodigarles un asilo y el sustento. Hubo una época en que este establecimiento estuvo en un pie brillante, pero aun decaído como se encuentra, puede servir de modelo á cuantos existen de ese piadoso instituto.

N. MAGAN.

ESTREMADURA.

MEDELLIN. — PATRIA DE HERNAN CORTÉS.

(Conclusion Véase el número anterior.)

EN tiempo de este conde tercero de Medellin, D. Juan Portocarrero, año de 1485, nació en esta rica villa el valeroso, sabio y político conquistador de Nueva España HERNAN CORTÉS DE MONROY, marqués del valle de Guajaca, á quien debió su Patria un nuevo y dilatado imperio. Fue hijo de padres ilustres, y de una familia muy esclarecida, emparentada con los principales señores de Extremadura. Recibió el sagrado bautismo en la parroquia de San Martin, y su casa en la calle de la Feria, se conservó hasta la guerra de la Independencia, en que fue destruida, presentando hoy un monton de escombros que visitan con avidez, cuantos nacionales y extranjeros recuerdan el distinguido mérito de tan grande y esforzado capitán. Suyo era el molino de Matarratas, cercano á la villa en la rivera de Hortiga. Envió de América cuantiosas sumas para la fábrica de una suntuosa capilla en el convento de S. Francisco, que sirviese de enterramiento á su familia; pero los frailes, que corrieron con la obra, se dice que la hicieron tan mezquina y despreciable, bien se vé, que habiéndola visitado Cortés, dijo con gracia y sonrisa: "*Aquí se ha hecho una fraillada.*" Todavía subsiste la capilla, si bien deteriorada como el resto del convento. Vióse despreciado en los últimos periodos de su gloriosa vida, porque los señalados servicios hechos á su patria, aunque recientes, estaban ya olvidados, y entregados ingratamente á la oscuridad y al olvido. En este estado pasó seis años, acabando con él los sentimientos y la aflicción. Murió en Castilleja de la Cuesta, junto á Sevilla, el 2 de diciembre de 1547, á los 62 años de su edad. Sus huesos, según dispuso en su testamento, fueron llevados á Méjico, porque, como dice un autor, quizá juzgaría cual otro Scipion, que no merecia su ingrata patria el honor de guardar sus cenizas.

La patria de este grande hombre fue respetada por el mariscal Soult, justo apreciador de su mérito; pues que habiéndose juntado en Zafra varios pueblos de Extremadura, en tiempo de la guerra de la Independencia, para repartir entre sí el suministro del ejército de Napoleon, los comisionados de Medellin se quejaban de su pobreza, y cuando la encarecian se levantó el ilustre general mandando que nada se les repartiese; "porque la patria de Cortés, dijo, debe ser respetada." Este homenaje hacía uno de los primeros genios de la tierra, es acaso tan admirable en este caudillo como sus victorias alcanzadas en los campos de batalla.

Ha habido en la misma villa familias muy ilustres, emparentadas casi todas con Hernan Cortés. Tales son las de Dávalos, Portocarrero, Monroy, Mesia, Ruiz, Porres, Sando-

val, Córdoba, Ulloa, Cimbron, Godoy, Saavedra, Bengel, Tapia, Grijalba, Pizarro, Alburquerque, Susilla, Osorio, Calderon, Vilela, Orozco, Altamirano, Robles, Zapata, Contreras, Maldonado, Vargas, Salcedo, Rol, Raudona, Cadena, Peñafiel, Pantója, Carvajal, Ovando, Rocha, Carrasco, Cortés, Aguirre, Velazquez, Figueroa, Campos, Holgado, Valderrama, y otras muchas que constan de los libros de la noble cofradía de S. Fabian y S. Sebastian, y de otras escrituras y documentos, las mismas que han dado hijos en abundancia para las diversas carreras de las letras y las armas, y tambien para la iglesia, los que sería muy largo enumerar.

Hay sobre el Guadiana un hermoso y lucido puente, que bien merecería un artículo separado; y otro de un solo ojo, de obra si bien tosca, muy firme y segura en la rivera de Hortiga, que corre en el verano desde el año de 1772, en que se fabricó la famosa Albuera de los marqueses de Casa Mena, cerca de Zalamea; cuyas aguas mueven una porcion considerable de molinos, que surten de harina á los pueblos inmediatos, y aun á otros de largas distancias, como son los de los Barros, y aun algunos de la Mancha.

En sus campos se dió el 28 de marzo de 1809 una famosa batalla en que las armas de Napoleon, al mando del mariscal Victor, derrotaron nuestro ejército que tenia á su frente á los generales D. Gregorio de la Cuesta, Frias, marqués del Portazgo, duque de Alburquerque, y el viejo Eguia. Este funesto acontecimiento que espació el terror por toda la Península, contribuyó extraordinariamente á la destrucción del pueblo; y se va deteriorando de dia en dia tan aceleradamente, que no habrá en D. Benito, á una legua, casa regular fabricada de veinte años á esta parte, que no tenga en su obra materiales traídos de Medellin. Se ha permitido con mengua de su ayuntamiento sacar hasta el escudo de armas de la casa de Cortés, que colocado del revés, se asegura que sirve de cimiento á una casa de Don Benito. Tuvo murallas y cerco, y algunos han creído que el Castillo se comunicaba por un camino subterráneo con el de Magacela. Necesitaba el gobierno dirigir una mirada por conservar siquiera la memoria de un pueblo célebre, que camina á pasos agigantados á su completa disolucion y ruina, siendo probable que desaparezca á vuelta de pocos años. Sus naturales son perezosos, y como que tienen estampada la angustia y la miseria en sus semblantes. Padecen en el verano muchas tercianas, y algunas tan rebeldes que duran años enteros. Da lástima mirar tanto vestigio de grandeza y de poder, que sugiere al hombre pensador mil reflexiones, que ofuscan su imaginacion y oscurecen su entendimiento. Por donde quiera que se dirija la vista, se encuentran residuos preciosos, entre escombros y maleza; casas y edificios arruinados y destruidos; piedra de sillería hermosamente labrada por el suelo; escudos de armas rotos é inutilizados; en una palabra, muladares que en otro tiempo formaban las delicias de Extremadura. ¡dura condicion de las cosas humanas! *Et subito casu, quæ valere ruunt.*

MANUEL MARIA RODRIGUEZ VALDÉS.

HISTORIA NATURAL.



EL RENO.

El reno es de la misma especie del ciervo, pero de mayor tamaño; solo se le encuentra en las regiones polares de Asia, y es de una importante utilidad á los lapones; aun cuando se han hecho varias tentativas para introducirle en Escocia y otras regiones polares, no ha sido posible conseguir su aclimatacion, siendo un hecho singular que aquellos que fueron conducidos á países, cuyo clima y alimentos eran mas análogos á los de la Laponia, enfermaron y murieron mas pronto que los encerrados en un establo y nutridos con distintos alimentos. Desde los tiempos mas remotos ha sido el reno domesticado por los lapones, y á él deben la civilizacion que han adquirido en sociedad y casi todas las conveniencias que disfrutan; pues á mas de aliviarlos en sus faenas, les prestan un alimento sano y nutritivo. El reno está sujeto en el verano á una plaga que obliga á sus dueños á conducirlo á la costa del mar, para mitigar sus padecimientos y conservar la vida.

"La isla de la Ballena (dice M. De Broke en su *Viaje á la Laponia*) durante los meses de verano, es frecuentada por los lapones con sus hatos de ganado. La causa que les obliga á estas emigraciones, aunque parece singular, es bastante poderosa. Durante los meses de verano está tan infestado el interior de aquel país de diferentes especies de mosquitos, que ningun animal puede escapar de sus incesantes persecuciones. Se hacen varias hogueras para causar humo, en el que los habitantes meten sus cabezas para librarse

de las picaduras de sus enemigos; y aun tienen que untarse las caras con brea para preservarse de aquellos obstinados aguijones. El reno es ademas perseguido por una especie grande, conocida por los naturalistas con el nombre de *astrus tarandi*, la que no solamente les atormenta con sus picadas, sino que deposita sus huevos en la herida que hace, lo que molesta tanto al ganado, que si en los meses de junio, julio y agosto no lo sacaran de los bosques, perecería la mayor parte. Estos insectos no pueden sufrir las brisas del mar ni el viento mas puro de las cumbres altas, y esta es la causa de sus emigraciones."

A principios de invierno dejan los lapones la costa, y regresan al interior, antes que principien las nevadas. Durante estas crece el pelo al reno, y adquiere un color blanquecino. En aquella estacion es cuando el reno dá á conocer su valor peculiar, tanto, que sin él sería imposible toda comunicacion á los lapones. Un solo animal tira de un trineo con una carga de tres quintales, marchando con la mayor rapidez, haciendo frecuentemente en diez y ocho horas una jornada de cuarenta á cincuenta leguas. En el palacio de Drotningholm (Suecia) hay una pintura que representa un reno que en 1699 condujo á un oficial con despachos de grande importancia la increíble distancia de doscientas leguas en 48 horas.

El reno come de toda yerba, pero en invierno solo se alimenta de musgo, que descubre por el olfato debajo de

la nieve; y últimamente se ha averiguado que comen con ánsia una especie de rata que abunda en aquellas montañas.

El número de renos que compone un hato es de trescientos á cuatrocientos, lo que basta para mantener á una familia con abundancia durante todo el año. En el verano hacen los lapones una considerable cantidad de queso, y en el invierno matan los renos necesarios para el abasto de la casa. Doscientos renos son suficientes para mantener con economía á una familia, sino es muy crecida; el sustento debe ser muy precario, y con cincuenta no puede formarse establecimiento separado. Por eso el lapón pobre suele unir su hato al del rico, cuidando de ambos sin recibir mas retribuciones que el alimento, y considerándose el aumento de su rebaño como pago de salarios.

El grabado que antecede representa una familia lapona ordeñando al reno. "Es un espectáculo agradable, dice el viajero Von Buch, ver al hato reunirse á un lado del rancho para la faena del ordeñamiento: todo es alegría por los valles y por los montes; los perros, corriendo y ladrando, traen á los renos respingando por el campo en una gran variedad de movimientos: acosado por el perro, se para el reno, y levantando la cabeza hace alarde de su grande y enramada cornamenta, como engreído de tan hermoso ornato. Cuando corre no hace ruido alguno con los pies, moviéndose tan ligero como el viento; lo único que se oye es el incessante crujido de las coyunturas de sus rodillas. Luego que todo el hato ha llegado á la lechería se detiene; unos se echan al suelo, mientras que otros retozan con sus crecidos ronzuelos, ó se forman en grupos para ramonear el musgo. Cuando las ordeñadoras van con sus vasijas á sacar la leche, el criado echa una soga al animal que le señalan, y asegurado por los cuernos, le trae junto á ellas. El reno regularmente resiste á ser tirado por el lazo, y cuanto mayor es la resistencia, tanto mas hace reír á las doncellas por el trabajo que dan á los criados; y aun después de atado lo dejan escapar para que lo vuelvan á cojer, causa de que los amos salgan del rancho á reñirlas por estas travesuras, que suelen espantar todo el hato, y hacer ariscos á los animales. Cuando una manada se ha multiplicado mucho parece ver un vasto campamento, sobre el cual preside el dueño colocado en el centro, haciendo acordar de lo que refiere la Biblia de Laban, Lia, Raquel y Jacob."

Hay tambien renos cerriles por los campos de Laponia, y los habitantes mas activos los cazan para hacer comercio de sus cuernos, cueros y lenguas, las que bien curadas son muy estimadas en los países del norte de Europa.

ESCENAS MATRITENSES.

INCONVENIENTES DE MADRID.

«¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»
ARGENSOLA.

EL fecundo é ingenioso poeta dramático, mi amigo el Sr. Breton, dió al teatro en 1828 una de sus mas aplaudidas comedias, bajo el título de *A Madrid me vuelvo*, y posteriormente, como para formar el contraste, escribió tambien otra no menos apreciable, titulándola *Me voy de Madrid*. En una y otra composicion desplegó el autor los recursos de su amena fantasia, y en ambas tocó ya de frente, ya por incidencia, las contrariedades y peligros de la vida matricense.

Pero la época en que escribia el Sr. Breton aquellas comedias, tan diversa de la actual, y la combinacion especial de su plan dramático, no le permitieron sin duda to-

mar en cuenta muchos y graves accidentes que ofrece la Corte, y que por estas ó semejantes razones tampoco pudieron prever en sus tiempos los críticos, Juvenal, Boihau, Quedo, Argensola, y otros infinitos que trataron magistralmente este argumento.

Hay, sin embargo, circunstancias especiales á Madrid, circunstancias propias de la época, condiciones anejas á la generacion actual, que dan nueva vida y prestan interés de actualidad á un cuadro, ya trazado de antemano por tan hábiles pintores; y en este solo sentido, permitirásme que á fuer de cronista de las costumbres contemporáneas, cruce mi débil pincel, ensaye mis pálidos colores en el lienzo que representa la vida animada de nuestra heroica capital.

De contado, hago abstracción de las circunstancias físicas de su clima, y de muchas de las generales inherentes á toda gran poblacion. El poder divino es inviolable, y no está sujeto á responsabilidad. Por esta razon, cuando le place enviarnos un norte mortífero, que combinado con la blanca nieve de Guadarrama, hace bajar el termómetro y subir proporcionalmente la poblacion del cementerio, no tenemos mas derecho á oponernos, que cuando tiene á bien regalarnos con una de estas semanas de febrero, claras, serenas y brillantes, peculiares del hermoso cielo madrileño, y tan espléndidamente celebradas en el salon del prado ó en los jardines del Retiro. Por eso cuando en el segundo término de julio tuesta y achicharra nuestras débiles cabezas, no le hemos de interpelar, sino aguardar humildemente á que pasada la canícula, y entrado el sol en el signo de la balanza, mida por iguales partes el término del día, y dispense con equidad su templado ardor; estacion verdaderamente modelo, bello ideal de la atmósfera, que aprovechan y benefician las hermosas con sus galas y atractivos, los mercaderes con sus ferias, y los farsantes políticos con sus dramas á grande espectáculo.

Respetemos, pues, la omnipotencia divina, que reina y gobierna como en todos en este pueblo pecador; suframos con paciencia las escarchas de enero y las tormentas de agosto; las aguas de abril y los aquilones de noviembre; y en medio de todo, demos gracias á su Providencia porque le plugo colocarnos bajo un cielo puro, en una atmósfera halagüeña, que lleva considerables ventajas á casi todas las capitales de Europa.

Mas dejando á un lado estas circunstancias, y tomando como base de partida la de habitar constantemente en este emporio de la hispana monarquía; suponiendo á un ciudadano español, honrado vecino de ella, y en el uso de todos sus derechos naturales (incluso el de pagar los de puertas y la contribucion de frutos civiles), entremos á examinar la cuestion de si es tan envidiable su existencia como debe de creerlo la inmensa falange de aficionados que de todos los ángulos de España vienen á fijar sus lares en el inmediato rádio de la famosa puerta del Sol. Cuestion eminentemente social, que nos ayudará á resolver la práctica no interrumpida de nuestro propio vivir.

Damos por sentado que el tal ciudadano, en usufruto de un empleo ó de una renta conveniente, pueda soportar sin estorsion el gasto mas que mediano de su alimento, habitacion, y demas necesidades humanas. Queremos suponer que no le hace perjuicio el pagar cuatro, por lo que en toda tierra de cristianos vale dos; ni el vivir reducido á los estrechos limites de un nicho poco mayorcito del que le reserva la iglesia para después de su jornada; ni el comprar á toda costa cólicos y demas tropiezos intestinales, disfrazados con el nombre de besugos, vivitos de hoy, de aves y cuadrúpedos embalsamados y en conserva, de deliciosos vinos legítimos de Valdepeñas; de frutas regaladas originales de Aragon.

Todos estos son pequeños incidentes que, aunque reunidos forman la segura base de la escena matritense, quedan como eclipsados y escondidos entre telones, y aun se dan por supuestos y conllevados en gracia del interés principal. — A bien, que en cambio de estas contradicciones, tenemos el derecho de privarnos de ellas; y si queremos, por ejemplo, no adquirir un entripado con salmón fresco de Laredo á 60 reales la libra, nadie nos quita de la facultad de no poder comprar el tal salmón; y esto entra por algo en el sistema de las compensaciones.

— Pero, aunque la vida material (se dirá) no ofrezca en la Corte los mayores atractivos; aunque encerrados sus habitantes en los límites de sus muros, hayan de renunciar á los goces y placeres que por do quiera nos brinda la naturaleza; por lo menos no puede negarse que la sociedad les ofrece un ancho campo de placeres intelectuales, y de positivas ventajas que constituyen un segundo natural.

— ¡La sociedad! ¿Y qué llaman VV. sociedad, señores entusiastas? ¿Acaso lo será el vivir aislado é incógnito en una vigésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques, no establece menos incomunicación entre sus habitantes que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo? ¿Estiman VV. por sociedad el saludar en la calle á un millar ó dos de personas múltiples, que llenan todos los paseos, todos los espectáculos, todas las tertulias, é ignorar por la mayor parte sus nombres y cualidades, ó solo tenerlas consignadas en sendas cartulinas recíprocamente cambiadas en algunos días del año?

Tal vez apreciarán algunos por bastante comunicación social la que proporcionan nuestros liceos y academias nuestros altos círculos y periódicas diversiones, en que reunidos algunos centenares de personas (siempre las mismas, y con la única variedad del salón) ostentan ampliamente sus gracias, su talento, sus riquezas, ó su amabilidad. Pero no se hacen cargo los que tal aseguran, que en semejantes públicas exposiciones, cada cuadro animado busca la luz conveniente para aparecer con el colorido que le vá bien; cada autor lleva naturalmente estudiado su papel para darse al público; cada intriga ú argumento están ya preparados de antemano con todas las reglas del arte.

Vaya un ejemplo. Pregunten VV. á mi vecino Don Protasio ¿quién vive al lado, encima, ó debajo de su aposento? y se encojerá de hombros, y fruncirá el lábio, como si le preguntaran dónde está el imperio del Pegú. Lo propio nos sucede á los demás vecinos respecto á él mismo, y sin embargo, D. Protasio, es la flor y la nata de la sociedad madrileña; y reina en los círculos elegantes; y lee versos en el Liceo; y canta en la Filarmonía; y discute en el Ateneo; y representa en el Instituto; y juega en el Casino; y tiene traducidos cincuenta dramas á cuadros para irnoslos dando por entregas semanales en ambos teatros del Príncipe y de la Cruz.

Don Protasio de vuelta á casa, pasada la media noche, lleno el pecho de fuego poético, cubierta la frente de coronas inmortales de papel, abre modestamente la puerta con la llave que lleva en el bolsillo, enciende el fósforo humanitario, deposita sus laureles en una alacena, y se estiende en su no mullido y si solitario lecho, hasta que á la mañana siguiente venga á despertarle la voz cascada y faz angustiosa de la vieja que le sirve, ó del cuervo asturiano que le lleva la acostumbrada ración.

Pues supongamos por un momento que nuestro héroe matritense, de vuelta de alguna de aquellas ovaciones, pilló una calentura, que con el auxilio del facultativo y de la vieja asistenta, llegó á ser delicada, y le obligó á guardar el ya dicho lecho por el espacio de un mes; ó que, sin cansar tanto, dió con él á los quince días en el rellano que se forma entre las puertas de Bilbao y la de Fuencarral.

Pues en aquel mes, ó en estos quince días, la sociedad (que tanto le envanece) ni siquiera echó de ver su falta; y ni se tomó la molestia de preguntar por él ni de hacerle compañía; y la primera noticia que tuvo de su muerte, fué por el anuncio que un pariente puso en el *Diario* convidando á su entierro. Verdad es, que en justa compensación de aquel olvido, quizás le condujeron al cementerio en gran aparato y al son de una marcha triunfal (letra y música de los primeros literatos y artistas); que hubo sobre su tumba discursos y endechas (en vez de responsos y oraciones), y que aun se habló de poner su nombre en la casa que nadie sabía que habitaba mientras vivió; pero al siguiente día todo estaba olvidado, y nuestro hombre formaba ya parte de la antigüedad; con que el hablar de él era cosa de gusto añejo, clásico y mal sonante.

Pues bien: no sean VV. ninguna de estas celebridades fósforicas, ni hagan coplas, ni traduzcan dramas (únicas habilidades que en este siglo procaico conducen por lo visto á la inmortalidad), sino envuélvanse en una de esas modestas individualidades, cantidad insignificante acumulada como simple fracción al capital social; avo incógnito, quebrado inapreciable de toda suma ó agregación de personas; carta blanca en la baraja madrileña; tres de bastos, que sobra en todas las manos, y que en todas las manos se encuentra; ó simple vocal honorario de toda comisión de aplausos; sombra inevitable de todo cuadro, y comparsa figurante en toda escena teatral. Y mediante la modesta retribución de 5 reales semanales, ó sean unos seis cuartos diarios, y un frac negro ó de color indirecto, un pantalón idem, y unos guantes de estado honesto, adquieran VV. el derecho de asistir á alguno de aquellos grandes círculos, y de disfrutar por milésimas sus gratos espectáculos y su apacible reunión.

Ahora bien, ¿qué buscáis en ellas, hombres y mujeres, no humanistas, sino amantes de la humanidad, cuando sin temor á las escarchas de enero, ni al sofocante ardor de la canícula, dejáis vuestras templadas habitaciones, vuestras cariñosas familias, vuestro modesto espectáculo interior, y perfumados de mil esencias, cubiertos de sedas, dijes y chucherías; marcháis periódicamente á ocupar vuestros asientos en aquellos salones que os alegran y seducen con su magnífico resplandor? ¿Buscáis por ventura el entretenido interés del drama que se representa, la armonía del canto, el poético sonido de la lira, ó los prodigios del pincel? — Nada menos que eso; porque todo ello lo miráis como un simple episodio de vuestra acción; como un pretexto para reuniros; como un mal inevitable que os resignáis á tolerar.

Y no hay que extrañarlo tampoco, señores artistas y poetas; porque no á todos es dado compartir el entusiasmo por vuestras admirables producciones; porque no todos participan de vuestras magnánimas ideas; y aquellos ciudadanos y ciudadanas de que íbamos hablando, profesan otras mas positivas ó materiales, y en tales sociedades solo buscan la sociedad, ó sea comunicación de los seres, prosaica y menguada si VV. quieren; pero natural, necesaria, y evangélica. Y como en el estado actual de nuestras costumbres, la sociedad pública ha acabado con la privada; como la *soirée* ha enterrado á la tertulia; por eso van á aquella, como antes á esta; por eso piden al salón los mismos goces sencillos que antes les brindaba el modesto gabinete; esto es; techo, luz, y pareja á quien hablar.

Pero ¡insensatos! que no advierten que entre ambas sociedades, la privada y la pública, existe una gran diferencia; no sospechan siquiera que el teatro en esta empieza desde el umbral de la puerta, y que mal grado suyo, en el momento en que pisan aquel, ya se hallan constituidos en escena, ya tienen necesariamente que representar!

En estos cuadros de colosales dimensiones no hay, ni puede haber, unidad de interés dramático; la acción se subdivide allí en cien episodios; la individualidad desaparece en el conjunto, y la verdad de los caracteres, el tipo peculiar de cada interlocutor, queda envuelto en el misterio, ó se disfraza á la entrada por medio de una contraseña, que el amor propio cuida de repartir.

Pero basta ya de comunicacion social, que segun queda explicado, entra por tan poco en los goces positivos del vecino de Madrid; la verdadera y fea amistad, el amor sólido y duradero, huyen á la luz de mil bujías, se esconden al ruido del sarao, y tienen naturalmente que ceder el puesto á los artificiosos cálculos, el sórdido egoismo, y la exigente vanidad. Todo en semejante sociedad tiene que ser valor convencional: talento, amabilidad, gracia, riquezas, elegancia, hermosura, todo está realizado por el lente mágico del entusiasmo, todo fuera de aquel recinto aparece diverso; ó mas pálido, si allí mas brillante, ó mas luminoso, si allí se eclipsó mas.

Otro de los inconvenientes de esta sociedad negativa, otra de las ilusiones perdidas que limitan los goces de nuestra imaginacion, es el roce y trato continuado que ofrece la Corte con las grandes notabilidades históricas, que consideradas de lejos aparecen cual astros resplandecientes, y apenas tocadas se evaporan en fuego fatuo de dudoso y pálido lumínar. Esta es, á no dudar, una de las contrariedades de la vida cortesana, la de reducir á *copelacion* (término de moda) los diversos metales argentíferos estraidos de los ricos mineros de nuestros círculos provinciales; la de ofrecer en su forma carnal, ostensible y palpable, tantas reputaciones monstruosas, tantos idólos colosales, y descubrir sus pies de barro, su cabeza de viento, su cuerpo de paja ó algodón. En presencia de ellos no hay ilusion posible, y la fe y la esperanza desaparecen del pecho dotado de la mas ardiente caridad.

Como por incidencia me asalta aquí la idea de otro de los inconvenientes de Madrid, y es que siendo la Capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por muy impolítico que un hombre haga profesion de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo á una tribuna, ya conversando en un café. Y luego que, triste ha de correr su suerte (siquiera sea un memorialista de Correos, ó un vendedor de fósforos) sino cuenta entre sus parientes, amigos ú allegados, uno ó mas ministros ó grandes funcionarios, de estos que se remudan á cada estacion; y basta con que un hombre haya saludado á alguno de ellos una sola vez en su vida, para que luego los del contrario bando le clasifiquen y apunten como enemigo... ¡Ahora, vayan VV. á no saludar á un ministro ó á un Ex. por lo menos, en un pueblo cuyos habitantes la mitad lo han sido, y la otra mitad lo aspiran á ser!

Pues tocando ahora el punto de las aspiraciones ¿y á donde me dejan VV. el inconveniente grave, de esta terrible mansion de la Corte, que es la ambición fatidica, el orgullo insensato, que sin voluntad propia siente cada cual inocularse en el alma, á la vista de tantas nulidades encumbradas, de tanta fantasmagórica transformacion? ¿Quién es el que permanece tranquilo observador de esta mágica linterna? ¿Quién el que se contenta con ser indiferente espectador de esta lid, cuando vé que con un poco de audacia, ¡un poquito no mas! puede ascender y brillar, y llamar por un momento hacia sí la atencion de la Corte, y de la hispana monarquía?

Ni sirve encerrarse en el modesto recinto de su casa, y procurar olvidar las ascensiones improvisadas, las riquezas fugidas, las súbitas y generales transformaciones, vuelos

y hundimientos de esta escena cortesana; porque por muy sordo que el tal sea, alguna vez ha de interrumpir su reposo el sonoro ruido de las carrozas del magnate; alguna vez ha de detener su marcha el elegante tilburí del especulador afortunado; alguna ha de suspender su vista la hermosura de la mujer á la moda; ó han de venir á su memoria los laureles del orador tribuno, ó del autor popular.

Pero supongamos que nuestro tipo madrileño no está unido á la Corte mas que por los vínculos de vecindad, y que tranquilo en su casa, cuidando de sus negocios ó intereses privados, y aun saboreando las dulzuras de la paz conyugal, puede ver con faz serena el aparato teatral de la historia contemporánea; puede presenciar con indiferencia una discusion diaria, un ministerio al mes, una revolucion anual. Figurémosle muerto para la política, muerto para las letras, muerto para los amores, muerto en fin para la sociedad. Supongámosle la fortuna de no conocer á ningún personaje; la dicha de no saber el nombre de ningún autor; la suprema felicidad de no hallar belleza comparable á la de su propia mujer. Concedamos por último que todas sus sensaciones, todos sus placeres se reconcentren en los legajos de sus procesos, si es abogado; en el libro de caja, si es negociante; en las enfermedades de sus clientes, si es médico; en la cacao y el añil, si es mercader.

Pero este hombre inalterable, este hombre modelo, no por eso dejará de pertenecer al género humano por relaciones consanguíneas ó amicales; esta planta exótica no podrá menos de haber dejado raíces en su suelo natal; este injerto en la Corte habrá pertenecido antes á otros climas, y será andaluz ó vascongado, catalan, aragonés ó castellano, extremeño, gallego ó noble astur.

Pues no necesita mas para su diversion; porque en el mero hecho de ser oriundo de alguna otra provincia, ó tener simplemente cualquiera relacion en ella, el habitante de Madrid es representante nato de las necesidades de sus paisanos en la Corte; corresponsal obligado de todo el que necesite su favor.

En su consecuencia tendrá que visitar cada semana á un ministro nuevo, de parte de un cuarto primo que jugaba con él al escondite en las heras del pueblo; ó del marido de su primera querida, que arrastraba bayetas con su esclencia, cuando no era esclentísimo, ni aun mediano siquiera. Tendrá que alhajar el cuarto, ó contar con alguna huésped para recibir y colocar en su habitacion á los diputados de la provincia, que vienen por la primera vez á la Corte á fabricar leyes, á razon de cuatro horas diarias. Tendrá que frecuentar las antesalas de la secretaría, para solicitar la colocacion del hijo de su antiguo convecino, ó reclamar en los tribunales el derecho del pueblo al prado conejil. Tendrá que suscribirse á las obras nuevas y estar pendiente de cuando salen las entregas, ó reclamar los periódicos que se evaporan en el correo. Tendrá que llevar una activa correspondencia para todos estos negocios, franca de lenguaje, aunque no de porte. Tendrá que acompañar al hijo de su madrina, que viene á Madrid á recibirse de literato en el café del Principe, ó á la familia de su compadre que conduce á las ferias á tres niñas casaderas, y de no mal parecer. Y solo esta obligacion le pondrá en el caso de visitar por lo menos una vez dentro del año, el gabinete de Historia Natural, y la Armeria, y la Casa de las fieras, y el Casino de la reina, y los jardines del Retiro, y el Museo de artillería; y solicitar esquelas para ver estos establecimientos; y pagar las propinas; y llevar luego al teatro á sus huéspedes; y tenerlos en casa un par de meses, á pretexto de no sé qué cajas de pasas, ó cantarillas de miel.

Pero aun hay en Madrid otro inconveniente todavia mayor que el de tener relaciones en provincias; y este incon-

veniente, ¿a que no adivinan mis lectores cuál es?—Pues es el de ser hijo de Madrid.

Hay un refrán español que dice que "Cada gallo canta en su gallinero" lo cual (perdóneme el refrán) es una solemne falsedad aplicado á los hijos de la imperial, ó sea histórica Corte Matritense.—Y sino échense VV. á escuchar noche y día, y verán quien canta aquí.—Recorran esos bancos ministeriales, esos salones legislativos, esos círculos políticos, literarios, artísticos ó financieros; escuchen la armónica algarabía de todos esos gallos humanos (*implume bipes*, que dijo Platon), y siempre que me saquen entre todos media docena de individuos indígenas, yo me encargo del gasto de la manutención.

En su lugar verán á los naturales de las provincias ocupar exclusivamente los altos puestos de la administración y de la magistratura, el palacio, la iglesia, los empleos secundarios, la curia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura y las artes.—A escepcion de S. M. la Reina, apenas hay en el alcázar real ningún hijo de Madrid; en Congreso y Senado siempre están, con muy ligera escepcion, representados los madrileños, por naturales de otras provincias. Abogados gallegos, extremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes idem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y aragoneses; y pretendientes de todas las ciudades, villas, lugares y caseríos del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la población de Madrid.

Ahora bien ¿dónde se esconden los 6000 infantes, que año bueno con malo reciben el bautismo en las diversas parroquias de nuestra capital?—Difícil es responder.—Una buena parte, hijos acaso de la desgracia, recogidos por la caridad, llega rara vez á tocar en el segundo lustro.—Otros, nacidos en la miseria, educados con el ejemplo del crimen; alcanzan cuando mas á ser operarios en un oscuro taller; si antes no les enervaron las fuerzas ó alteraron su carácter los placeres y seducciones de la corte que á tantos conducen á la casa común, al hospital.—En las clases medias y elevadas suele tambien experimentar el funesto influjo de una educación viciada, y malograrse las ventajosas disposiciones de los jóvenes, que brillando un momento por su delicado ingenio, su viva sagacidad, por su nobleza de carácter y elegancia de modales, van á eclipsarse luego en los últimos bufetes de una oficina, ó en el perfumado gabinete de una beldad.

Pero el mal principal no está en los madrileños, ni en su carácter, ni en sus medios, ni tampoco (para hablar á la antigua) en el *sino* que influye á este pueblo. Y si á sino fuera, feliz y privilegiado debería llamarse, el de un pueblo que vió nacer en su recinto á Alonso Ercilla y á Giron; á Antonio Perez, Zapata, Ramirez de Orena, Chumacero, y Vargas; á Lope de Vega, Calderon, Montalvan, Tirso de Molina, Quevedo, Moratin y Quintana; á Rici, Carreño, Pantoja, Toledo, Mora y Villanueva. No, no está el inconveniente en el sino de cada pueblo; el mal está en la misma sociedad.

"Nadie es profeta en su patria"—dice otro adagio algo mas exacto que el anterior. Y esto consiste, en que para figurar entre los demas hombres, es preciso cierto prestigio que rara vez conceden á aquel que vieron nacer. En la Corte, ademas, es preciso dominar las inclinaciones, plegar los caracteres, hacer sacrificios de amor propio; y pocos son los hombres que se acostumbran á estos sacrificios en el mismo teatro en que han nacido. Los hijos de

Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados á la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intencion con los infinitos contendientes que de todas partes vienen á disputar un poder que ellos están acostumbrados á mirar sin ilusion y sin deseos; poder efímero que les ofrece tan repetidas peripecias, y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira, ó con la mas desdeñosa indiferencia. Por eso no es de extrañar que rehuyan en general la lucha que por otro lado les ofrecería mucha duda, como que habrían de sostenerla con los mas valientes campeones de las provincias, que á su mérito individual reúnen la ventaja del interés que inspira el forastero.—Con que vemos que uno de los mas grandes inconvenientes de Madrid es el ser madrileño.

Quedan, pues, lijera mente apuntadas algunas de las principales contradicciones de la vida de la Corte, tales como la escasez de la sociedad íntima y privada; la exagerada pretension y la falsedad de la pública; el desencantamiento de las ilusiones; la imposibilidad del entusiasmo y aun de la fé; el peligro inminente de la ambicion, por el ejemplo, y el roce continuado con las personas influyentes; la turbulencia de la atmósfera política; y la necesidad de servir de patrono á los ausentes, de solicitar favor de los poderosos, de servir de timon al forastero que viene á surcar este proceloso Océano.

Muchos y muchos mas inconvenientes subalternos pudiera aquí añadir; pero me he dilatado mas que de costumbre; y eso que no he hablado ni de los proyectistas, ni de los humanitarios, ni de los tribunos, ni de los periodistas; ni de los contratistas de viveres, ni de los especuladores en bolsa; ni de los poetas barbudos; ni de los curas lampiños y galantes; ni de los empleados cesantes, ni de los empleados para cesar; ni de las víctimas, ni de los sacrificadores; ni de las pulmonías, ni de los médicos; ni de las simples coquetas, ni de las coquetas simples; ni de los caseros que piden; ni de los inquilinos que no pagan; ni de los pobres vergonzantes, ni de los petardistas sin vergüenza; ni de los amigos *omnibus*, ni de los enemigos *pluribus*; ni de las mujeres pintadas por ellas mismas, ni de los hombres que no se pueden pintar; ni de las criadas saltarinas, ni de los criados fósiles; ni de los prospectos de periódicos imparciales, ni de la parcialidad de los periódicos; ni de los remedios públicos de las enfermedades secretas; ni de los géneros de valde á precios convencionales; ni de los jóvenes escépticos, ni de las mujeres comunistas; ni de los genios no comprendidos, ni de las traducciones que nadie puede comprender. Ni de otras mil y mil plagas y á cuyo lado serían llevaderas las que inventó Moisés para castigar á Faraon.

EL CURIOSO PARLANTE.

ADVERTENCIA.

Con el número de hoy se repartió el prospecto de la tercera edición de la obra titulada *ESCENAS MATRITENSES*, por *El Curioso Parlante*, en cuatro tomos con láminas, y publicados en diez y seis á diez y ocho entregas á 4 reales cada una.

Los señores suscritores al *Semanario*, que quieran serlo tambien á esta obra, disfrutará la ventaja de no pagar mas que quince entregas, recibiendo gratis las demas de que ha de constar. Los demas pormenores pueden verlos en dicho prospecto.

Las personas que deseen suscribirse por medio del repartidor, no tienen mas que darle una nota del nombre y señas de la habitacion, sin necesidad de adelantar nada, hasta que les lleven la primera entrega y el recibo de suscripcion.